

se detuvo en Barcelona, pero Borja no ignoró su paso. Informóse sin duda de la nueva Orden á que pertenecía Aráoz. En Barcelona todo el mundo podía informar al virrey acerca de Ignacio, el penitente de Manresa, el pobre que tan á menudo se había visto arrodillado en Santa María del Mar. Y Borja acordóse quizás de haber encontrado un día en Alcalá á este pobre que conducían prisionero gentes del Santo Oficio.

En Septiembre de 1541, y después en Marzo de 1542, uno de los primeros compañeros de Ignacio, el bienaventurado Pedro Fabro, pasaba, á su vez, por Barcelona. La segunda vez, fué albergado por el virrey, cuyo corazón no tardó en conquistar, y al cual explicó lo que era la Compañía de Jesús. Dos meses después, el 12 de Junio, volvía Borja á Monzón. Regresó á Barcelona el P. Aráoz durante su ausencia, y con sus predicaciones, produjo tales frutos en esta ciudad, que, desde Monzón, suplicaba Borja á San Ignacio que dejara al P. Aráoz en Cataluña. San Ignacio no pudo acceder á esta petición. Por lo demás, pronto la voluntad del emperador relevaría de su gobierno al virrey.

Dios no había procurado, sin intención, estos encuentros fugitivos, los cuales dejaron en el alma de Borja un germen de vocación, que acontecimientos completamente inesperados entonces no tardaron en desarrollar.

CAPÍTULO II

El duque de Gandía

1. *Las pruebas libertadoras*

El 22 de Abril de 1543 recibía Francisco de Borja, duque de Gandía, el título de Mayordomo mayor de la princesa de España. Estaba, además, investido del doble cargo de Presidente del Consejo de la princesa y Superintendente de su erario, y del derecho de sentarse en el Consejo de Estado. El emperador le investió de todos los honores y prerrogativas de que había gozado el conde de Miranda, mayordomo de la difunta emperatriz. La duquesa de Gandía era Camarera mayor; ella y su marido recibían cinco mil ducados de sueldo, pagaderos el día en que el príncipe Felipe los llamara. La hermana de la duquesa, doña Juana de Meneses, fué admitida al servicio de la princesa; dos hijas del duque, Isabel y Juana, fueron nombradas damas de honor.

En las condiciones en que se le ofrecía, este cargo abría al duque de Gandía el acceso á los empleos más importantes. Al imponer este mayordomo á su hijo, Carlos V parecía designar el primer ministro del próximo reinado.

Por lo menos así lo proponía el emperador, pero Dios se reservaba disponer todo lo contrario.

Situado á ocho leguas al sur de Valencia, y compuesto del ducado, del marquesado de Lombay y de catorce baronías, el Estado de Gandía abrigaba más de tres mil familias vasallas. Por la costa se extendía desde Cullera á Denia; y desde el mar á la cadena de Azafor.

La huerta de Gandía es, aun hoy en día, uno de los rincones más risueños de España, el más gracioso del mundo. Su vegetación es completamente africana. Veinticuatro ciudades ó pueblos descansan en la llanura siempre verde, coronada por un anfiteatro de mesetas ondulantes, rodeadas de hermosas montañas. El palacio ducal, edificado, ó al menos restaurado, por los dos primeros duques, hijos de Alejandro VI, domina jardines bañados por el Alcoy, y más allá del lindo río, se dilata la vista sobre una encantadora llanura, bordeada por el Mediterráneo.

Viciana visitó y describió á Gandía en 1563, tal como la dejó Francisco de Borja. La ciudad era cuadrangular, rodeada de sólidas murallas y fosos; su perímetro medía ochocientas brazas; sesenta piezas de artillería la defendían. Era una hermosa ciudad, de amplias calles y casas espaciosas habitada por numerosos hidalgos y muchos comerciantes. Todos los sábados se celebraba un mercado muy frecuentado. La armería del palacio ducal encerraba siempre lo suficiente para equipar cincuenta hombres de armas y seiscientos arcabuceros. Las cuadras albergaban cuarenta caballos; ningún grande de España las poseía mejor cuidadas. El duque poseía un hermoso equipo de

caza, una opulenta vajilla, un precioso mobiliario. Su casa contaba con ciento treinta caballeros ó servidores titulados. Las rentas anuales del principado llegaban á cuarenta y dos mil ducados, procedentes la mayor parte de la industria azucarera.

Los moriscos constituían la población principal del ducado. Si el proverbio español: *quien tiene moro tiene oro*, era verdadero, el ducado, copiosamente provisto de moros, era rico en oro, y á heredar Francisco de Borja los gustos de su padre, hubiera podido gozar, en aquel principado apacible y retirado, de una paz bienhechora.

Pero esta paz y este aislamiento contrastaban demasiado con la vida de movimiento que siempre había conocido, para que él, habituado al lujo de la Corte, á la fecunda agitación de los negocios, pudiera acomodarse á ella. También hubiera sido de lamentar que Borja se desterrase en su ducado. Había nacido para ejercer grandes mandos, provechosos para España entera, y su educación política le preparaba para ser mucho más que un gran señor territorial.

No obstante, fué á Gandía por un mes, y permaneció allí siete años. En 1545, al comunicar algunos proyectos á San Ignacio, añadía: «He aquí lo que haré, si este destierro se prolonga, como merecen mis pecados.» Seis meses después, la duquesa y él, al quejarse de las injusticias cometidas en perjuicio de sus vasallos por oficiales reales escribía el duque al príncipe Felipe: «Porque estemos olvidados en

este reinado, de ello no se sigue que debamos estarlo de S. M. ni de Vuestra Alteza.» ¡Ausencia, olvido! En efecto, esta estancia prolongada en Gandía trajo una especie de desgracia, la primera que sufría el duque, hasta entonces tan dichoso en la Corte. Esta desgracia no le venía ni del emperador, más adicto que nunca á Borja, ni del príncipe de España; nacía de una ofensa muy injustificada y pueril de los reyes de Portugal.

¿Creía la reina Catalina que la duquesa de Gandía fomentaba las calumnias, esparcidas no hacía mucho tiempo, sobre la familia real por el obispo de Viseo? ¿No se ofendieron ella y Juan III simplemente porque Carlos V constituyó la casa de su hija sin consultarlos? Lo cierto es que rehusaron con desabrimiento aceptar á los duques de Gandía como oficiales mayores de la futura princesa de España.

Advertidos los duques de Gandía de oposición tan inesperada, escribieron á Lisboa para explicar su conducta. Por prudencia consultó Borja su carta con D. Francisco de los Cobos; aprobóla el ministro y la expidió al infante don Luis, quien, en vez de transmitirla en seguida, la retuvo cuatro meses. Sin embargo, desde Cintra, el 30 de Agosto de 1543, el rey, la reina y la princesa de Portugal dirigieron á los duques de Gandía, tres cartas igualmente ceremoniosas. El mismo día, el infante don Luis explicaba más abiertamente el pensamiento real. Aprobaba el resentimiento de su hermano, y á pesar de sus protestas de adhesión demostraba que compartía su opinión. «Estabais

obligada—escribía á la duquesa,—á acordaros de que sois portuguesa... El amor de que disteis pruebas siempre á la emperatriz Isabel, os obligaba á contentar á SS. AA. y á estarles sumisa. No podéis, por el camino que habéis emprendido, servir á la princesa. Cuando el emperador os comunicó sus proyectos, debisteis decirle que convenía manifestarlos desde luego á SS. AA. y considerar la obligación que teníais de no aceptar este cargo y aquel favor sin su consentimiento; hubierais obtenido así la aprobación de S. M., y habríais observado la fidelidad requerida... Al ver que se tardaba tanto en informar á SS. AA. de una resolución ya notoria, yo mismo me admiré... Cuando llegaron vuestras cartas, me preguntaba yo cómo podíais creer que aquel manejo tendría éxito. Cuando vi que me escribíais para notificarme una cosa ya hecha, quedé en extremo apenado. No creáis que podréis entrar jamás en casa de la princesa espada en mano, puesto que sería necesario hacerlo con el consentimiento amigable de SS. AA.»

Nada había preparado á la duquesa de Gandía para oír tan cruel lenguaje. Desde su último alumbramiento, la salud de doña Leonor no se repuso jamás. A partir de 1544, se agravaron sus padecimientos, siendo de creer que la injusticia con ella cometida contribuyó en gran manera á la exacerbación de sus males. Acusábasele en Lisboa de haber forzado la mano del emperador, de ser ambiciosa é intrigante. Su dignidad le ordenaba probar lo contrario. Escribió á Carlos V: «Mas, pues, la causa es

querer Su Alteza ser obedecida en los reinos de V. M. como en los suyos, poca culpa tengo yo en ello; pues estaba cierta que habiendo tantos años que vivo con V. M. y soy su criada y tengo rescibidas tantas mercedes y favores de su imperial mano, había de hazer lo que V. M. me mandase, y siendo casada, había de seguir lo que el Duque quisiese; bendito Dios; y á V. M. beso los pies porque me ha dado de comer, y Su Alteza no me mandará quitar las rentas como al Cardenal de Viseo, que creo fuera esto lo menos que se hiciera, según Sus Altezas muestran estar indignados contra mí; y pues las veces que he hablado á V. M. en este negocio tengo dicho los inconvenientes que había en mi ida, estando las voluntades de esta manera, excusado será decir á V. M. lo que agora me parece que debe haber, pues han de ser mucho mayores; y porque en este negocio el Duque escribe más largo, no me queda á mí qué decir, sino suplicar á V. M. que se acuerde que, pues siempre me ha hecho tanta merced y honra y favor, que no mande que vaya donde espero ser tratada todo al contrario desto; puesto que, á serlo, muy bien abastaría la soledad de lo pasado para acabarme, y aun á todo me esforzaría si pensase que V. M. fuese servido.»

«Esta queixa es tan fuera de razón—escribía de su parte el duque—en querer que para obedecer los mandamientos de V. M. fuesse menester saber la voluntad de Sus Altezas, que podría estar muy agraviado que me hayan tenido en tan ruyn cuenta de querer esto de

mí, siendo yo tan criado y hechura de V. M.

»Lo qual buelvo á suplicar á V. M. quan humilmente puedo, lo mande mirar y despachar como estos sus criados, desseando servir, no se pongan en cosa no conforme á lo que sus servicios y desseos mereçen. Y aunque del yr ó del quedar no se espera sino trabajo y confusión, según la cosa se ha encaminado, de lo qual sea Dios loado, no dexo de tener gran confianza, que, pues V. M. me ha mandado esto, y por su servicio lo he aceptado, que me mandará sacar destos trabajos, y terná respecto á la voluntad sin interesse que tengo á su real servicio, para sacarme en salvamento desta fortuna, y todos conozcan cuánto mejor conocidos somos de V. M. que de los otros príncipes; pues sólo á V. M. desseamos tener satisfecho. Y por parecerme estas cartas de Portugal dignas de consulta, tengo pensado de no moverme de aquí, hasta tener sabido lo que V. M. fuere más servido, pareciéndome que cumple esto más á su real servicio; y entre tanto acabar de fortificar este lugar.»

El 15 de Noviembre de 1543 contraía matrimonio, en Salamanca, el príncipe Felipe con la princesa María de Portugal, su prima hermana. Ambos esposos tenían dieciséis años. El joven príncipe escribía con frecuencia á Gandía diciendo que guardaba, con la consideración de los duques, los mismos sentimientos de afecto, y que los quería ver siempre á la cabeza de su casa. Sólo la princesa participaba de los resentimientos de su madre. No obstante, siendo inmutable la voluntad del emperador, los du-

ques de Gandía estaban prontos á reunirse el primer aviso con la corte de Valladolid.

«Teniendo por muy cierto—escribía Borja el 6 de Febrero de 1545—que este negocio está encaminado para muchos trabajos, por los que podrían suçeder de la yda por entrar con disgusto y de la quedada por lo que la gente (puede) pensar ser por nuestros deméritos; que, pues, V. M. sobre todo tiene conocida nuestra voluntad, lo mandará proveer de manera que sea (con) contentamiento de todos, y teniendo respecto á la honrra destos sus criados... Y assí havemos tenido por muy cierto la duquesa y yo, que nos ha de venir el remedio de la mano de V. M., pues en ella pusimos nuestra voluntad, y no lo desmereçemos con la que servimos, por ser sin ningún interesse, como se puede ver en lo que postreramente suplicamos á V. M., porque paresciéndonos que cumplía más á su real servicio la suspensión de nuestra yda, escrivimos á V. M. suplicando la tuviese por bien.»

La espera duró un año, siendo doblemente perjudicial al duque: reducía sus rentas y comprometía su reputación, y esto sobre todo le dolía mucho. De aquí que en varias ocasiones rogara al emperador que defendiera su honor. La presencia de Carlos V en España hubiera allanado todas las dificultades; pero después de haber castigado al duque de Cleves, el emperador, aliado de Enrique VIII, emprendió la conquista de París. Avanzó hasta Château-Thierry, y hasta el 29 de Septiembre de 1544 no concertó con el rey de Francia la paz de

Crespy. Es sorprendente que en medio de tan graves inquietudes, prestara alguna atención el príncipe á la malaventura del duque de Gandía. Cuidóse de ello, sin embargo, y su embajador en Lisboa, don Lope Hurtado, recibió la orden de calmar las suspicacias de la reina de Portugal D.^a Catalina.

Durante estas negociaciones, puso Borja al servicio de sus Estados su inteligente actividad. En el mes de Junio de 1543, la escuadra de Barbarroja devastaba las costas de Italia y marchaba á unirse con el duque de Enghien, para sitiar á Niza. Temíase que atacara á España. Al punto Borja prometió al virrey de Valencia armar y combatir al frente de quinientos hombres. Aleccionado con la experiencia adquirida en Barcelona, empezó por rehacer las murallas de Gandía, y no teniendo que contar con la resistencia de un consejo, acabó prontamente esta obra.

Sea que se hubiesen desvanecido las preveniciones de la reina Catalina, sea que el emperador hubiese ordenado pasar por todo, el duque de Gandía pudo creer, en el otoño de 1544, que su destierro iba á terminar, pues se le esperaba en Valladolid. Pero un obstáculo insuperable se alzó entonces ante él: la salud de la duquesa inspiraba, desde hacía algunos meses, vivas inquietudes, por lo que el 17 de Noviembre escribía Borja al príncipe de España:

«Verdad sea que la Duquesa ha estado desde el mes de Abril fasta oy con tantos males y con accidentes tan trabajosos, que muchas veces he pensado que se muriera y señalada-

mente en este mes de Noviembre; y de cinco á seis días á esta parte ha plazido á N. S. darle tal mejoría, que se comienza á vestir para (sentarse en) una camilla, que para más no ay fuerças. Espero en Dios se las dará para que las emplee en el servicio de V. V. A. A., pues para este effecto las dessea.»

Fué necesario sacar la enferma de Gandía para respirar el aire de las montañas. Recupero sus fuerças lentamente, y en el mes de Julio de 1545, cediendo á los llamamientos del príncipe Felipe, se hallaba pronta á partir, cuando se supo repentinamente en Gandía la muerte de la princesa de España, ocurrida el 12 de Julio, después de haber dado á luz, cuatro días antes, al príncipe Carlos.

El dolor de Borja fué profundo. Manifiéstase en esta carta, ya digna de un santo: «Muy alto y muy poderoso Señor. En este punto he sabido el fallecimiento de la Princesa nuestra señora. En la pena que á todos igualmente ha dado, se podría ver la que la Duquesa y yo havemos recibido, pues nos teníamos por más verdaderos vassallos y criados. Yo me partiera luego á besar los pies á V. A. si mi salud diera lugar; porque cierto una de las cosas que nos acrecienta el sentimiento es el que V. A. deve tener, aunque estoy muy confiado que su cathólico ánimo estará tan conforme con la voluntad de N. S., que delante su acatamiento merecerá mucho aumento de gracia. Porque en la verdad estas son unas ocasiones que no deven de perderse; pues quando N. S. visita, y con humildad y

conformidad se recibe lo que embía de su mano piadosa, en cierta manera le obligamos á que con mayor amor y gracia nos tenga siempre de su mano; y esto es quando nos prueba, y nos halla dignos de sí. Y pues á V. A. le sobrarán otras consideraciones de mayor importancia, N. S. por su misericordia dé lo demás, que es el verdadero consuelo, y guarde y ensalce la muy alta y muy poderosa persona de V. A., como sus vassallos y criados desseamos.»

La muerte de la princesa no rompía todos los lazos que unían con la corte al duque de Gandía. Nunca el emperador ni el príncipe Felipe apreciaron más el desinterés de Borja, que durante la dolorosa prueba que le había separado de ellos. Carlos V pensaba casar á su hijo con la hija de su hermana Leonor, entonces reina de Francia, y contaba con darle de mayordomo al duque de Gandía.

Pero un nuevo duelo vino á contrariar los designios imperiales. La emoción causada por la muerte de la princesa de España, no era á propósito para curar á la duquesa de Gandía. El 12 de Marzo de 1546, escribía el duque al Padre Fabro que la duquesa sufría mucho y que la encomendaba á sus oraciones. Borja amaba tiernamente á su esposa, y la idea de perderla le desolaba profundamente; para obtener de Dios que conservase aquella madre á su joven y numerosa familia, multiplicó el duque sus limosnas y ordenó rogativas en todo el ducado. Cierta día oraba con fervor en su oratorio, ante un crucifijo que todavía se con-

serva en el palacio de Gandía; de repente se inunda su alma de viva luz, y oye estas palabras: «Si quieres que deje vivir más tiempo á la duquesa, su salud está en tus manos, pero te advierto que esto no te conviene.»

Entonces, sometiéndose á la voluntad divina, deja en libertad á Dios para hacer lo que más le plazca. Su sacrificio fué aceptado. La enferma pasaba, hacía algún tiempo, por alternativas que daban lugar á la esperanza; desde entonces descendió rápidamente y comprendió que su fin estaba próximo. Asistióla el duque, prodigándole pruebas de la más delicada ternura y los consuelos que inspira la fe más acendrada. Doña Leonor de Castro recibió piadosamente los últimos sacramentos; hízose leer la pasión de Nuestro Señor, y murió el 27 de Marzo de 1546.

La hora de Dios había sonado. La muerte de la emperatriz Isabel, siete años antes, había separado á Borja de la Corte y de las vanidades del mundo; las pruebas delicadas que acababa de atravesar y la muerte de su mujer le separaban ahora del mundo. Iba á mostrársele el término adonde Dios le encaminaba. Demasiados obstáculos se lo ocultaban para que hubiera podido distinguirlo antes. En pocos años habían desaparecido todos estos obstáculos. Quien, en la rectitud de su alma, nunca quiso sino el deber, en presencia de un deber difícil, no vacilaría.

2. *El Santo Duque*

Desde que oyeron hablar uno de otro, Ignacio de Loyola y Francisco de Borja profesábanse un afecto profundo. En 1541, al recibir en Roma una carta del virrey de Cataluña, parece que dijo San Ignacio: «¡Quién podría creer que este señor vendrá aquí algún día á gobernar la Compañía!» Por su parte, penetrado como estaba del deseo de reformar la Iglesia, sintióse Borja, desde que la conoció, invenciblemente atraído hacia la nueva Orden, á la cual destinaba Dios tan gran parte en la reforma.

En 1543, antes de la muerte de su mujer, fundaba en Lombay el duque de Gandía un convento de Dominicos, destinado á la evangelización de sus súbditos moriscos, y quiso abrir una escuela para los niños de éstos en Gandía, confiada á los Padres de la Compañía. En 1544, manifestó su deseo al Padre Aráoz, quien lo comunicó á San Ignacio. El santo aconsejó al duque que fundara preferentemente un colegio para todos sus súbditos; Borja aceptó, y el 16 de Noviembre de 1546, recibía, en Gandía, al Padre Andrés de Oviedo y á los seis jóvenes profesores que le enviaba Ignacio.

Lejos de prevalerse de sus beneficios, escribía Borja al santo Fundador: «Plega al Señor nos dexee entender, con acción de gracias, qué cosa es llamar á uno, para servirse dél, sin tener necesidad ninguna dél, poniéndole